



# LUIS VIVES: PRECURSOR DE LA PSICOLOGÍA EMPIRICA MODERNA

**ANASTASIO OVEJERO BERNAL<sup>1</sup>**

Departamento de Psicología  
Universidad de Oviedo

## Resumen

En este artículo se pretende mostrar lo acertado que era el título que Foster Watson concedía al valenciano Juan Luis Vives llamándole nada menos que «padre de la psicología moderna». En efecto, si los orígenes de la moderna psicología empírica están en el Renacimiento, la riqueza psicológica de los escritos de Vives le convierten en un claro precursor de la psicología moderna, tanto en su vertiente teórica como en su vertiente aplicada, exigiendo ya lo que luego se llamaría psicología educativa, orientación profesional, etc., adelantándose con ello, en algunos aspectos, a pensadores europeos de la altura de Descartes, Bacon, Hume o Kant. Es más, el estupendo *Examen de Ingenios para las Ciencias* de Juan Huarte, por el que ha merecido ser el patrono de los psicólogos españoles, no hace sino repetir y ampliar los mismos argumentos que ya estaban en Vives, por lo que, a mi modo de ver, y sin restar méritos al navarro, el valenciano hubiera sido aún más digno patrono de la psicología española.

## Abstract

In this paper we want to show that is correct the tittle that Foster Watson granted to spanish Juan Luis Vives as «father of modern psychology». Indeed, if it is in the Renaissance where we must fix the modern empirical psychology's origins, Vives is one of the most clear precursors of that psychology, because in his psychological writings we can find some of the main distinctive traits of the modern psychology: knowledge is result of experience, psychology must be aplyed to daily life, and so. Therefore, Vives went some centuries ahead in some aspects from important European authors as Descartes, Bacon, Hume or Kant. Consequently, we can consider to Vives as the father of modern psychology.

No hace mucho, defendía Julián Velarde (1993) la idea de que Juan Huarte de San Juan era, y con todos los merecimientos, un dignísimo patrono de los psicólogos españoles. No pretendo en absoluto negar tales merecimientos. Pero sí deseo mostrar aquí la tesis de que Juan Luis Vives hubiera podido ser un todavía mejor patrono, con más merecimientos aún, ya que se adelantó a Huarte en medio siglo al defender las mismas o parecidas tesis que más

<sup>1</sup> Correspondencia: Anastasio Ovejero Bernal. Departamento de Psicología. Plaza Feijóo, s/n. 33003 - OVIEDO. Tfno. 985 10 32 82. FAX 985 10 41 44. E-Mail: [tasio@correo.uniovi.es](mailto:tasio@correo.uniovi.es)

tarde defendería el renacentista navarro. Lo que, en definitiva, pretendo mostrar en este trabajo es la gran envergadura de los estudios psicológicos que desarrolló Vives y que, ya en la primera mitad del siglo XVI, le convierten incluso, a juicio de algunos, en «padre de la psicología empírica moderna».

## 1. El escenario: El renacimiento

«El Renacimiento es la primera etapa del largo proceso de transición del feudalismo al capitalismo... El Renacimiento fue la aurora del capitalismo. La vida de los hombres renacentistas y, en consecuencia, el desarrollo del concepto renacentista del hombre, tenía sus raíces en el proceso mediante el cual los comienzos del capitalismo destruyeron las relaciones *naturales* entre el individuo y la comunidad, disolvieron los lazos *naturales* entre el individuo y su familia, su posición social y su lugar preestablecido en la sociedad, al tiempo que redondearon toda jerarquía y estabilidad, volviendo fluidas las relaciones sociales, la distribución de las clases y los estratos sociales, así como el asentamiento de los individuos en éstos» (Heller, 1980, pp. 8-9). Y ahí está el origen de la psicología y de la psicología social, que, no lo olvidemos, al menos tal como se han desarrollado en Occidente y como las conocemos actualmente, son algo propio del sistema capitalista.

En efecto, la psicología y la psicología social no eran posibles hasta que se diera un nuevo concepto de hombre y de individuo, que, como producto de unas nuevas relaciones económicas y sociales, daría lugar al llamado *individualismo*. Con el Renacimiento, el sujeto individual adquiere auténticamente carta de identidad, con lo que el *individualismo* comienza un proceso imparable de desarrollo, con todas las implicaciones que ello tendrá, entre otras la aparición de la psicología y de la psicología social. «*Todos los problemas que la nueva situación colocaba delante de los hombres* conducían al desarrollo de nuevos tipos de hombres y, en consecuencia, de un nuevo concepto de hombre, distinto tanto del concepto antiguo como del medieval: *el hombre dinámico*... El mismo dinamismo caracterizaba la relación del hombre con la sociedad. La elección del propio destino, en el sentido social, es sinónimo de *posibilidad infinita*» (Heller, 1980, p. 14). En este sentido el psicólogo social Robert Zajonc coloca los orígenes de la psicología y de la psicología social en el Renacimiento. Y es que el concepto cristiano de hombre, mantenido en el Renacimiento, contenía ya muchos elementos que eran nuevos comparados con la Antigüedad y permitían y hasta comenzaban ya a exigir la existencia de una psicología que explicara la ya no tan predecible conducta humana. Pero, «lo que hizo incluso más difícil el conocimiento de los hombres fue la aparición social de los 'roles' y del comportamiento acorde con ellos. En la sociedad feudal no se podía 'representar un papel'; su existencia venía determinada por su nacimiento. La división capitalista del trabajo y la relajación de la jerarquía social posibilitó, sin embargo, que una misma y sola persona ocupara peldaños diferentes en la escala social; podía moverse en ramas distintas de la división del trabajo, convertirse un día en barbero, en escritor al siguiente y en condotiero al otro, adoptando formas de comportamiento distintas de un día para otro y siendo sin embargo durante todo el tiempo el mismo hombre. Puesto que cada lugar de la estructura social y cada ocupación particular comportaba maneras diferentes y diferentes conjuntos de obligaciones y derechos, *un hombre podía identificarse con modales distintos, distintas secuencias de obligaciones y derechos, y normas concretas distintas sin que 'él' tuviera que trocarse en 'ellos'*. Por supuesto que fue algo más que la difusión de la división social del trabajo lo que dio entrada al género de conducta consistente en la representación de un papel. Fue necesario que el capitalismo incipiente disolviera todas las comunidades naturales para que el individuo pudiera afirmarse a sí mismo sólo en virtud de la acción mediadora del lugar que ocupaba en la división social del trabajo, para que la posición económica (y no la humanidad en tanto que comunidad) pudiera convertirse en norma universal» (Heller, 1980, pp. 213-214).

En resumidas cuentas, «el Renacimiento supone un cambio en las condiciones de vida; cambio iniciado en la baja Edad Media, que va a provocar una transformación radical en las estructuras sociales, materiales y espirituales de la sociedad y del comportamiento humano con respecto al mundo que le rodea: cambios económicos, sociales, mentales y culturales» (Abellán, 1975, p. 17). Más en concreto, aunque el proceso venía de atrás (véase Valdeavellano, 1969), durante el Renacimiento se produjeron importantes cambios económicos que llevaron a: (a) una nueva clase social (la burguesía), con todo lo que ello supone, como mostró Sombart (1986); (b) El surgimiento de los «burgos» o ciudades ya en sentido moderno, verdaderos centros de formación de la nueva clase, de la burguesía; y (c) Unas nuevas relaciones sociales, consecuencia, de los dos puntos anteriores, sobre todo de la formación de las ciudades, tan unido a la psicología (véase Pinillos, 1977; Pérez Alvarez, 1992).

En definitiva, a lo largo del siglo XV, y como consecuencia de procesos que venían de la Baja Edad Media, se afianzan tres fenómenos auténticamente cruciales tanto para el pensamiento occidental posterior como para la propia psicología y la psicología social: el surgimiento de la burguesía, el desarrollo de las ciudades y unos importantes cambios en las relaciones sociales e interpersonales. Aunque los tres fenómenos están íntima e inextricablemente unidos entre sí, sin embargo el más central de los tres, y el que más incide sobre los otros dos, tal vez sea el desarrollo de las ciudades burguesas, de tal forma que podríamos afirmar, con Pérez Álvarez, que la psicología es un asunto de ciudad. «La psicologización de los problemas o, si se quiere, los problemas psicológicos, son inherentes a las condiciones de la vida en la ciudad. En particular, a ciertas condiciones históricamente dadas, que parecen constituirse a partir del 'otoño de la Edad Media' y del Renacimiento. En concreto, tendrían que ver con la constitución del individualismo y la consiguiente figura del 'homo economicus'» (Pérez Alvarez, 1992, p. 1). De ahí que no es extraño que sea justamente en algunas relevantes figuras renacentistas (Erasmus, Maquiavelo, etc.) donde se encuentran, al menos a mi modo de ver, los cimientos de la psicología moderna. Y entre tales figuras descolla por méritos propios el valenciano Luis Vives. El Renacimiento, que no es una mera repetición de la Antigüedad, sí constituye, basándose tanto en la Antigüedad como en la tradición judeocristiana, el comienzo del pensamiento occidental, hasta el punto de que toda la tradición intelectual europea hasta nuestros días se basa en ambas tradiciones. Pues bien, pocos autores renacentistas representan mejor que Vives las dos tradiciones, la clásica y la judeocristiana, aunque como veremos, con características tan novedosas que, a la vez, representa como pocos también el nuevo ideal renacentista.

## **2. El personaje: Juan Luis Vives**

No es por azar que un personaje de la relevancia de Luis Vives tuviera que pasar parte de su vida activa, como intelectual de su época, fuera de España, viviendo en importantes ciudades como París, Londres, Lovaina y, sobre todo, Brujas. De haber permanecido en España, no es que no hubiera sido reconocida su obra, es que probablemente la Inquisición no le hubiera permitido llevarla a cabo, máxime siendo de origen judío como parece que era (Pinta y Palacio, 1964). Es más, parece plausible que tanto él como sus hermanos se educaron en un ambiente de criptojudasmo. De hecho, sus padres, que eran judíos conversos valencianos dedicados al comercio de paños, tuvieron serios problemas con la Inquisición, hasta el punto de que el padre fue condenado a la hoguera en 1524 y la madre, aunque había muerto antes, en 1509, también fue procesada, siendo desenterrados sus restos y quemados públicamente en 1528. Y resulta de gran interés clarificar la ascendencia judía de Vives, pues ello ayuda a entender mejor su obra y algunas de sus características más relevantes. Pues bien, a pesar de que ya hacia 1842 Amador de los Ríos (1875) expuso la sospecha de que Vives era hijo de judíos conversos, muchos autores españoles, capitaneados por Menéndez Pelayo, se negaron a reconocerlo, a

mi modo de ver más por razones «nacional-católicas» que por razones científicas. Así, el propio Menéndez Pelayo se negaba a admitir que el «catolicísimo Vives» pudiera pertenecer a la «nación deicida». Por si hubiera dudas al respecto, una cita de Lorenzo Riber (1947, p. 29), miembro de la Real Academia Española de la Lengua, lo aclara perfectamente: «Lo que sí nos merece una repulsa instintiva... es el presunto origen judío de Juan Luis Vives. Nos duele enormemente ver mancillado con esa *tacha ancestral* al más cristiano de los epígonos del Renacimiento». En todo caso, hoy día parecen existir pocas dudas de esta ascendencia judía de Vives (véase en Noreña, 1978, p. 35 y ss. una discusión sobre este tema).

Tras estudiar en la recién creada universidad de Valencia, a los 17 años se trasladó a París, pasando allí tres años estudiando filosofía en La Sorbona, de donde, decepcionado, se traslada en 1521 a Brujas. Tras pasar cinco años como preceptor en esta ciudad, viaja a Lovaina en 1517, donde reside hasta 1523 en que viaja a Inglaterra, donde durante cinco años pudo vivir desahogadamente gracias a la protección de la reina española Catalina, esposa de Enrique VIII, recibiendo igualmente un fuerte apoyo de los humanistas ingleses del momento (Moro, etc.). Sin embargo, el cambio de política de la diplomacia inglesa, que llevó al divorcio de Enrique VIII de Catalina, y su aproximación a Francia, hizo muy difícil la situación de Vives, quien se vio obligado a instalarse nuevamente en Brujas, donde permaneció hasta su muerte, que tuvo lugar el año 1540, cuando contaba 48 años.

Pero no sólo tuvo que hacer su trabajo fuera de España, es que cuando siglos después de su muerte, se le reconocen sus méritos y sus aportaciones psicológicas, tal reconocimiento vino principalmente de fuera de nuestras fronteras. Así, se debe a un escocés, William Hamilton, el que Vives haya logrado su alto renombre en el siglo pasado, y también otro escocés, Dugal Steward, quien tal vez con mayor precisión haya puesto de relieve el carácter moderno de la doctrina de Vives en este párrafo notable: «De todos los escritores del siglo XVI, parece que fue Luis Vives el que tuvo la más viva y certera visión de la nueva tarea que iba a ocupar el espíritu humano». Y, finalmente, será también un británico, Foster Watson, quien más encumbra, como luego veremos, la psicología de Vives. En todo caso, el prestigio de Vives ya en su época fue realmente enorme, de tal forma que Noreña (1978, p. 17) puede decir que «Vives comparte con Melanchton la gloria de ser el humanista más leído en el norte de Europa durante la segundamidad del siglo XVI, habiendo sido muy admirado también en la España de poco después de su muerte, donde autores tan reconocidos como Huarte, Gracián o Melchor Cano fueron admiradores suyos.

Juan Luis Vives, sin ninguna duda el más importante de nuestros pensadores renacentistas y probablemente la más elocuente prueba de que sí hubo un renacimiento filosófico español, nació en Valencia en 1492, en una época realmente crucial en la historia europea y en cierto modo similar a la actual, al menos en el sentido de que una de sus principales características consistía, justamente como hoy, en el rechazo de todo lo que considera caduco y en el afán de novedad. Así, en el campo científico, las doctrinas aristotélicas y el criterio de autoridad comienzan a ceder ante la experiencia, con lo que la investigación, desligada de las ataduras metafísicas, va abriendo horizontes insospechados. «A fin de cuentas, el humanismo no es más que la recuperación de una independencia de pensamiento a través del conocimiento de la Antigüedad, su lengua y su cultura, con el objeto de transformar las estructuras mentales y culturales del medievo» (Alcina, 1988, p. XV). Y como escribe Abellán (1975, p. 129), «la característica renacentista de Vives se impone a todas luces; es una avanzadilla en actitudes y en doctrinas de lo más típico del Renacimiento: la crítica de la autoridad, la preocupación por el hombre, la vuelta a las fuentes clásicas, la prédica de la observación y la experiencia, el espíritu crítico y curioso de todas las novedades, hasta el punto de ser precursor de múltiples aspectos de doctrinas que se van a convertir pronto en tópicos de la época». Pero el

«renacentismo» de Vives es inseparable de su fuerte erasmismo. De hecho, junto con sus grandes amigos Tomás Moro y Erasmo, constituyó la tríada básica del movimiento erasmista de la Europa del siglo XVI. De hecho, tanto Erasmo como Moro percibieron pronto la gran valía de Vives. Así, en una carta fechada en 1519 escribía Erasmo: «Está entre nosotros Luis Vives, valenciano. Es muy joven, pues todavía no ha pasado de los veintiséis años, según creo, pero de erudición nada vulgar en todas las ramas de la Filosofía. Ha adelantado tanto en las buenas letras y en el arte de bien decir, que apenas conozco otro en nuestro siglo que pueda ser con él comparado. No hay argumento en que no ejercite su ingenio». Igualmente, por esas mismas fechas, en una carta de Tomás Moro a Erasmo habla extensamente del mérito de algunas producciones del humanista valenciano, carta a lo que Erasmo contesta: «Por lo que respecta al talento de Vives, me alegro de que tu parecer coincida con el mío. Vives está en el número de aquéllos que han de oscurecer la fama de Erasmo».

Por otra parte, como sostiene Menéndez Pelayo (1965), uno de los rasgos definitorios del Renacimiento filosófico era justamente la importancia que concedían a los métodos de observación, procurando que la razón no se disociase nunca de la experiencia natural. Pues bien, Vives aplicará esto tanto a la pedagogía como a la psicología, siempre preocupado por la aplicación práctica de sus conocimientos. Hasta tal punto es ello así, que no pocos le consideran a Vives un indiscutible antecedente de autores como Descartes, Bacon o Locke, tan relevantes los tres en la preparación del surgimiento de la psicología en el mundo occidental, hasta el punto de que Foster Watson le califica, sin paliativos, de *padre de la psicología moderna*, título merecido, a mi juicio, dado el interés del filósofo valenciano tanto por lo empírico como por las aplicaciones en sus reflexiones y estudios psicológicos. No olvidemos que Vives mantuvo un fuerte escepticismo al caer pronto en la cuenta de que la mente humana posee grandes limitaciones y tiene muchas dificultades para conocer la verdad, de tal forma que no siempre la llega a alcanzar. Sin embargo, a pesar de ello, la razón puede y debe alcanzar aquellos conocimientos que son necesarios y beneficiosos para la vida. De ahí que para él, como señalan Cardona y Cárceles (1992), la educación de la inteligencia y la adquisición de los saberes tienen, por tanto, como objetivo prioritario, una finalidad práctica que se refuerza con la formación de la voluntad.

Es también muy moderno Vives en su perspectiva educativa cuando defiende que los estudios o la cultura sirvan como salida profesional o incluso como medio de mejorar la situación social. Y es que Vives, al querer profundizar en el aforismo socrático de «conócete a ti mismo», se convierte en un clarividente precursor de la Psicología Educativa, desarrollando una investigación psicológica al servicio de la educación. Así, en su *Tratado sobre el alma* propone que se conozca, no el alma, cosa del todo imposible, sino sus mecanismos de funcionamiento, es decir, cómo funciona el complejo mecanismo de las facultades. Es más, «este conocimiento general del alma debe servir a su vez de pauta para el propio diagnóstico. Porque la naturaleza humana, esencialmente igual, varía de un hombre a otro. Como dirá Gracián más tarde, con unos es pródiga y a otros los deja en mantillas. Por eso, y para lograr que el esfuerzo formativo sea eficaz, es conveniente sopesar cada uno su ingenio, que es la capacidad de penetración intelectual, y su base temperamental. Esta idea, que apunta ya en algunos escritos educativos del siglo XVI, la sistematiza Huarte de San Juan en su obra *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), pero casi medio siglo antes había aparecido claramente expuesta en la segunda parte de *Las Disciplinas* (1531). En esta obra, Vives diseña una escuela ideal que es un verdadero modelo de organización educativa. Al ingresar en ella, se harán al niño pruebas de inteligencia, que analizarán dos de sus aspectos: la acción, es decir, su grado, su velocidad y su permanencia; y la materia o asuntos para los que posee mayor habilidad. La combinación de ambos factores permite a Vives realizar una detallada descripción de los diferentes ingenios» (Cardona y Cárceles,

1992, p. 485). Cada disciplina requiere una base temperamental propia, además de suficiente ingenio, que Vives describe con indiscutible conocimiento de causa, apuntando aquí también hacia una futura *orientación profesional*.

En resumidas cuentas, por lo poco que llevamos dicho, se perfila ya Vives como un gran personaje del Renacimiento europeo, cuya obra, como veremos, tiene importantes implicaciones para la psicología, aunque muchas menos para la psicología social, como señala Jiménez Burillo (1976) (véanse sus obras completas en castellano en Vives, 1947).

### 3. Las pruebas: Vives, padre de la psicología moderna

De entre las muchas obras de Vives destaca una eminentemente psicológica: «*Tratado del alma*» (1538)<sup>2</sup>, por la que Watson (1915) le llamó «padre de la psicología moderna», lo que «no significa que la nueva perspectiva sobre la mente y sus facultades, que iba a desarrollarse en los siglos siguientes, haya derivado enteramente de sus ideas. Ciertamente que su empirismo y su inductivismo en el campo de la mente, así como su alejamiento de una consideración puramente metafísica, le colocan en la línea que había de seguir la psicología moderna» (Carpintero, 1994, p. 24).

Divide Vives su *Tratado del alma*, del que Bonilla de San Martín (1929, Vol. I, p. 271) dice que es quizás el más original y profundo de todos sus trabajos, en tres libros: el primero trata del alma y de la vida en general; el segundo del alma racional y de sus facultades; y el tercero de las pasiones o los afectos, destacando «la tendencia experimental que luce sobre todo en el dilatado Libro III, casi la mitad de toda la obra, dedicado a un análisis de las pasiones y afectos... La psicología de Vives, como toda su filosofía en general, tiene siempre una marcada orientación práctica y pedagógica. No sin razón se le considera como uno de los precursores de la moderna pedagogía científica y psicológica» (Martínez Gómez, 1972, p. 582). De hecho, en algunos importantes aspectos se adelanta incluso a Locke, Hume y en general al empirismo inglés, que tanto influiría en la psicología moderna. Más aún, tal vez sea su empirismo y experimentalismo lo que más destaque en Vives. Así, escribe textualmente Vives en *Las disciplinas* (Libro I, cap. 2): «De un grupo de hechos aislados, el espíritu forma una ley universal, que, con el apoyo y confirmación de otros varios, era considerada como permanente y verdadera». Y es que, siguiendo en parte a Aristóteles, aboga Vives por el método experimental, aunque siempre bajo el imperio de la razón, pero estimulando claramente el espíritu de la observación y de la verificación. En resumidas cuentas, Vives se vale frecuentemente de la inducción, convirtiéndose en cierto modo en el precursor de Bacon y llegando incluso a formular prácticamente el método inductivo. «Su enfoque empírico en el estudio del alma le lleva a separar la psicología de la metafísica; de aquí el título de 'padre' de la psicología moderna que le aplica el profesor Watson, a nuestro juicio totalmente justificado» (Abellán, 1975, p. 139).

Tampoco podemos olvidar su intento de aproximación empírica a la psicología, así como su interés eminentemente práctico por la psicología, ya que afirma que su conocimiento es el de «mayor utilidad para las materias más altas» y, por tanto, necesario para todo profesional y para toda persona. Por si todo lo anterior fuera poco para considerarle a Vives, desde luego con más derecho que a otros muchos, como el padre de la psicología moderna, se hace necesario tener en cuenta otra de las características de su psicología: su *asociacionismo*. A este respecto, subraya Watson que no es cierto, como dicen algunos, que la teoría de la asociación empiece con David Hartley, y con los dos Mill, ni siquiera con Tomás Hobbes o con Juan Locke. La

<sup>2</sup> Existen desde hace tiempo algunos análisis sobre el contenido psicológico y pedagógico de Vives, entre ellos: E. Rivari (1922); C.O. de Montoya (1941); o F. de Urmeneta (1949a, 1949b).

explicación de este fenómeno mental se remonta a Aristóteles. Pero ha de reconocerse, añade Watson, que se debe a Vives el progreso que se inicia en el Renacimiento con el desarrollo de la doctrina de Aristóteles, ya que ningún otro autor antes que él hizo de ella una exposición tan exacta y tan completa. Por esto, sir William Hamilton, el más erudito de todos los filósofos ingleses, dice, al ocuparse de la historia de la psicología, y seguramente de una forma un tanto exagerada, que «en las observaciones de Vives, está compendiado y resumido casi todo lo más importante de cuanto se ha dicho sobre el problema de la asociación mental, *lo mismo antes que después*» (Hamilton, 1872, p. 896). Y antes que sir William Hamilton, Samuel Taylor Coleridge (1817), en su empeño por demostrar que no debe considerarse a Hobbes como el primer descubridor de la ley de la asociación, como había sostenido sir James Mackintosh, recuerda el *Tratado del alma*, siendo el primer pensador inglés que fijó su atención en el modo de enunciar Vives la ley de asociación de las ideas. En concreto, las ideas de Vives, que anota y subraya Coleridge, son éstas: «Las cosas que se han recibido juntas en la fantasía, al presentarse una de ellas, suele llevar también consigo la otra» (Vives, 1923, p. 92). Y añade un ejemplo concreto y claro (p. 93): «Hallándome en Valencia postrado con la fiebre, y habiendo comido cerezas con mal sabor de boca, siempre que comía esta fruta, después de pasados muchos años, no sólo me acordaba de la calentura, sino que me parecía tenerla en aquel momento». En definitiva, «esta doctrina de la asociación de ideas, que formularon Platón y Aristóteles en la Antigüedad, y que luego reelaborarán los empiristas y los racionalistas del Barroco, cobra en Vives una gran importancia. Desde que en el siglo pasado lo recordó Sir William Hamilton, al editar las obras de Reid, Vives ha sido mencionado con razón como uno de los primeros autores modernos que ha dado amplio papel a la asociación de ideas en la construcción de la psicología humana» (Carpintero, 1994, p. 30).

Por otra parte, e íntimamente relacionado con la asociación de ideas, aporta Vives un relevante estudio empírico de la memoria (?en 1538!), distinguiendo ya dos clases de memoria, la de «recoger» y la de «retener», añadiendo un análisis de las distintas maneras en que en las personas se produce el olvido, así como la forma en que podemos recuperar el recuerdo. También se nos muestra Vives como precursor de la psicología diferencial y de la orientación profesional, al reconocer la necesidad de observar y distinguir las diferencias de aptitudes y de espíritu que hay entre los distintos hombres, ideas estas que luego desarrollará y divulgará Juan Huarte de San Juan en su *«Examen de ingenios para las ciencias»*, treinta y siete años más tarde y treinta y cinco después de la muerte de Vives.

Por último, igualmente es necesario destacar en la psicología vivesiana y en concreto en su citado *Tratado del alma*, su importante estudio sobre las pasiones, tema al que dedica todo el extenso Libro III. De él dijo el propio Ortega y Gasset que allí esboza Vives «la primera teoría moderna de las pasiones» (1965, Vol. IX, p. 536), afirmación compartida por diferentes autores como Abellán (1975), ya que sin duda influyó en la teoría de las pasiones de Descartes, como demostró la profesora G. Rodis-Lewis (1955). Y el mismo Dilthey (1929, p. 423) le considera a Vives, justamente por su análisis de las pasiones, como un gran escritor sistemático en el terreno de la Antropología moderna. De hecho, como escribe Noreña (1978, p. 340), el primero en observar y en describir con concentración desapasionada el mecanismo emocional del hombre.

Pero veamos más detenidamente la psicología de Vives, dado su carácter moderno e innovador para el siglo XVI. De hecho, como de Vives afirma M. Navarro (1923, pp. X-XI), en el Prólogo a la edición castellana del *Tratado del alma*, «si circunscribimos nuestra atención al problema del concepto y de la posición que la psicología deba tener en la enciclopedia de las ciencias, nos preguntamos cuál era la concepción de Luis Vives, podríamos tal vez definirla con rigurosa exactitud, respondiendo sencillamente, que es la dominante y casi exclusiva de los psicólogos contemporáneos. Y, en efecto, coincidiendo con ellos, la separa de la metafísica y

hace de la psicología una ciencia particular y completamente independiente; adelantándose a todos, se propone estudiar primero los fenómenos del alma, para acometer después la indagación racional de su naturaleza, porque, 'sólo por sus operaciones podemos conocer las cosas que no son accidentes'; hace descansar los cimientos de la pedagogía en la ciencia del espíritu, ya que 'lo primero es conocer el artífice para saber qué actos hemos de esperar de él'; considera, por último, el estudio y conocimiento del elemento fisiológico como imprescindible para comprender cabalmente el desenvolvimiento y el alcance de los fenómenos psíquicos, y de un modo especialísimo, ¡quién habría de decirselo a Lange y a W. James!, de las emociones». De ahí que Foster Watson, como ya hemos dicho, comience su larga Introducción a la edición castellana del *Tratado del alma*, con esta rotundidad: «El 'padre' de la psicología moderna es, en mi opinión, Juan Luis Vives» (1923, p. XIII). Ciertamente que tal título se le podríamos conceder también a otros muchos pensadores, como Aristóteles, Descartes, Bacon u otros. Pero frente a todos ellos, es Vives quien merece cabalmente tal título, pues «el *consciente valor de la inducción* como un método de indagación y de descubrimiento en los problemas filosóficos, y especialmente en los psicológicos, debe retrotraerse, dentro de la época del Renacimiento, más allá de Descartes y de Bacon, y en un determinado aspecto hasta Juan Luis Vives» (F. Watson, 1923, p. XV)<sup>3</sup>. Y añade F. Watson (1923, p. XVIII): «Tratándose de los recónditos problemas del espíritu, el uso de un vocabulario preciso es una parte esencial de la tarea de hacerse entender de los que los estudian. Y en lo que respecta a la elección del lenguaje y del vocabulario, será bueno recordar cuánto influyó (Vives) y con qué éxito en sus sucesores Francisco Bacon, Tomás Hobbes, Renato Descartes y, muy especialmente, sobre el libro tercero del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke, pues sería difícil encontrar una maestría superior, tanto en el lenguaje como en el arte de expresar las ideas con claridad» (F. Watson, 1923, p. XVIII). Así, el tercer libro del *Tratado del alma* es un completo tratado de las pasiones, no superado, como subraya Bonilla de San Martín (1920, Vol. 2, pp. 240-241) por el famoso de Descartes<sup>4</sup>. Para Vives, la variedad de afectos es inmensa. «De aquí la necesidad de clasificarlos para su estudio. No seguiremos a Vives en esta determinación, pero sí observaremos que en los desenvolvimientos es más complicada la clasificación de Vives que la de Descartes. No acontece lo mismo con los principios fundamentales, porque sabido es que Descartes admitía seis pasiones simples o primitivas..., mientras que Vives, con mejor criterio filosófico, sólo acepta dos: *el amor y el odio*; es decir, un movimiento de inclinación hacia el bien y otro de aversión respecto del mal. Después de estas consideraciones preliminares, comienza Vives la exposición de la naturaleza, caracteres y relaciones de los principales afectos, ocupándose sucesivamente en el *amor*, el *deseo*, la *simpatía*, el *respeto*, la *misericordia*, la *alegría*, el *gozo*, el *deleite*, la *risa*, el *enojo*, el *desprecio*, la *ira*, el *odio*, la *envidia*, los *celos*, la *indignación*, la *venganza*, la *cruidad*, la *tristeza*, el *llanto*, el *miedo*, la *esperanza*, el *pudor* y el *orgullo*, señalando con singular maestría los matices más delicados de cada una» (Bonilla de San Martín, 1929, Vol. 2, pp. 240-241) (véase en Noreña, 1992, un interesante estudio sobre las emociones en Vives).

<sup>3</sup> Y puntualiza al respecto F. Watson (1923, p. XIV.XV): «Algunos autores están de acuerdo en considerar a Francisco Bacon (1561-1626) como el precursor de la psicología moderna. Bacon fué, sin duda, el defensor más influyente del método científico y empírico de todo el siglo XVII. Y la psicología ha logrado sus mayores progresos por el empleo de este método. De esto se ha inferido que ha sido Bacon el primero que ha señalado los comienzos de la psicología moderna. Pero ni Bacon ni Descartes han sido los primeros escritores del Renacimiento que dirigieron su atención a la ciencia psicológica, ni siquiera los defensores del método empírico de la inducción».

<sup>4</sup> Como escribe Carpintero (1994, p. 32), hace años, se hizo ya notar que hay interesantes similitudes entre estas ideas y el *Tratado de las pasiones*, de Descartes, quien citó en alguna ocasión a Vives, por lo que se ha sugerido que el *Tratado del alma* pudiera haber sido una «fuente» de aquel tratado cartesiano (Rodis-Lewis, 1948).



Y también se adelantó Vives claramente a Kant y a Locke. Como señala Bonilla, la distinción entre la razón *pura* -*ratio speculativa*- y la razón *práctica* -*ratio practica*- es uno de los más sorprendentes puntos de semejanza que existen entre el criticismo vivista y el kantiano. «La razón *especulativa* -dice Vives- tiene por fin la verdad; la razón *práctica*, el bien; la primera termina en sí misma; la segunda trasciende a la voluntad». Y, como ya hemos dicho, se adelantó también a Locke: «Conviene advertir ante todo que las *informaciones naturales* de Vives no son ideas innatas, como pudiera sospecharse. Para Vives, que repetidas veces proclamó el origen sensorial de los conocimientos humanos, no podían ser las *ideas innatas* sino una vana quimera, como lo fueron más tarde para Locke» (Bonilla, 1929, Vol. 2, pp. 225-226).

Pero no sólo el método, empírico, y el lenguaje utilizado, desembarazado de engorrosas citas de las Sagradas Escrituras y con un vocabulario esencialmente moderno, anticipan ya la psicología moderna, sino que también lo hace, ¡y de qué manera!, su perspectiva teórica, nada esencialista sino, casi podríamos decir, conductual. En efecto, escribe textualmente Vives (1923, p. 61): «No nos importa saber qué es el alma, aunque sí, y en gran manera, saber cómo es y cuáles son sus operaciones». Como señala Foster Watson, Vives, de acuerdo con la anterior formulación de principios, alejó de su propósito toda discusión sobre la esencia del alma, de la psique, para investigar únicamente y con mucha atención las *manifestaciones y operaciones* de la psique en todas sus actividades. Ya empieza su *Prefacio* así Vives (1923, p. 1): «No hay conocimiento de cosa alguna más importante que el del alma, ni tampoco más agradable, ni más admirable, y que tenga mayor utilidad para las materias más altas». Vives es claramente un moderno y, como dice Carpintero (1994, p. 25), «la modernidad coloca en la subjetividad y la conciencia el fundamento del conocimiento». Y añade más adelante (p. 61): «Veamos ahora 'lo que es' (el alma). Pero esto no puede hacerse directamente, puesta y como presentada ante la vista la nuda esencia del objeto, sino vestida y como en pintura, con los colores más propios y adecuados que podamos. Ella habrá de ser observada en sus operaciones, porque no se ofrece a nuestros sentidos; mientras que con todos estos, así internos como externos, podemos conocer sus obras».

Como concluye Bonilla (1929, Vol. 2, p. 343), los tres libros del *De anima* «siempre constituirán un monumento de gloria para Vives, por el delicado análisis de las facultades anímicas, por el profundo estudio de las operaciones intelectuales y la exacta y detenida consideración de los afectos, contenidos en aquella obra». Y es que, añade Bonilla, «Vives, a quien debe considerarse como uno de aquellos ciudadanos libres de la república de las letras de que habla el P. Feijóo, supo, en efecto, dentro de su independencia filosófica, poner en práctica el principio de reconocer y aceptar la verdad doquiera que se hallare», en tanto que filósofo, psicólogo o pedagogo o psicólogo-educativo.

Igualmente Barbado (1943), ardiente escolástico y tomista y, por tanto, poco proclive a los humanistas, a pesar de afirmar la clara superioridad de Santo Tomás sobre Vives, sí le reconoce a éste estos dos méritos en psicología: su tratado de las pasiones, a su juicio «bien superior al que poco después habría de escribir Descartes», y su vertiente aplicada y práctica, afirmando textualmente que «mayor creemos que es el mérito de Vives en sacar de la psicología consecuencias prácticas aplicadas a la pedagogía, materia en que nuestro compatriota demuestra notable notable sagacidad y conocimiento muy penetrante de las condiciones psicológicas y estructura mental de los niños» (1943, p. 249). Todo ello le lleva, también a él, a afirmar con rutundidad: «El insigne valenciano es, sin disputa, el humanista a quien más debe la psicología, no porque haya desviado sus cauces en una nueva dirección, sino porque supo ver claro donde otros andaban a tientas y tuvo el tino de volver los ojos a la tradición genuinamente aristotélica» (Barbado, 1943, p. 247).

Por consiguiente, son razones teóricas, metodológicas y hasta de vocabulario y terminología utilizados por Vives lo que le convierte en uno de los primeros candidatos al título de padre

de la psicología moderna. Pero no es sólo eso. Existe además otra característica de la psicología de Vives. En concreto, lo que le hace perfectamente moderno y donde se adelanta incluso a la psicología del siglo XX, es en el *carácter aplicado* que le exige a la psicología. «Es doctrina fundamental de Vives la de que el valor del conocimiento depende de su valor para la práctica. El método de observación para estudiar las manifestaciones de nuestra alma tiene un valor de aplicación que no necesita que se demuestre» (F. Watson, 1923, p. XX). De su carácter práctico y de su interés por las aplicaciones de la psicología derivan otras dos características fundamentales que le hacen más merecedor aún de tan alto título como es el de ser considerado el padre de la psicología moderna. Me estoy refiriendo a su interés por la orientación escolar y profesional, que es donde sí tendría aportaciones aprovechables por la psicología social, y, sobre todo, por la psicología de la educación. En efecto, Vives, de alguna manera, adelanta ya una cierta orientación escolar y hasta profesional, al reconocer la necesidad de observar y distinguir la gran variedad de las diferencias que hay en el espíritu del hombre.

Y es que Vives es ante todo un educador. Como en tantos otros autores, también en Vives psicología y educación aparecen inextricablemente unidas. Como escribe Carpintero, Vives quiere descubrir las capacidades y habilidades del hombre para poderlo educar rectamente, con lo que estamos ante un saber aplicable al servicio de una antropología y una educación integral. Con ello «Vives señala el tránsito de la psicología metafísica a la psicología descriptiva y analizadora» (Dilthey, 1947, p. 415).

Evidentemente, por la época en que le tocó vivir, Vives fue ante todo un *pensador cristiano*. Pero ello no le impidió, como a tantos otros, ser ya un *pensador moderno* en toda la extensión del término. De ahí la dimensión ética de toda su obra, pues «antes que metafísico, antes que humanista, antes que teólogo, Vives es moralista y pedagogo. Profesa la creencia de que los conocimientos deben servir para la vida, y de que el perfeccionamiento de la última debe constituir el objeto principal y constante de nuestros esfuerzos. De aquí la energía con que rechaza y combate Vives, desde la investiva *In pseudo dialecticos* hasta el tratado *De veritate fidei christiane*, toda investigación demasiado sutil o abstracta por impertinente y ociosa; de aquí el considerar la psicología como la primera y para el hombre la más interesante de las ciencias filosóficas, por aquello de ser el *Nosce te ipsum* premisa indeclinable de la conducta» (Bonilla, 1929, Vol. 2, p. 340).

Descolla en su obra, principalmente en *Las disciplinas*, un talante pedagógico claramente renovador y crítico, sobre todo al examinar las causas de la decadencia de los estudios, estableciendo incluso los métodos adecuados para una auténtica reforma de la enseñanza. En concreto, entre las causas de la concepción de los saberes y la enseñanza, señala Vives no pocas que no han perdido en absoluto vigencia: la soberbia de los estudiosos, el exceso de veneración por las autoridades, el no acudir a los textos originales de los autores y fiarse de exposiciones de segunda mano, la falta de método adecuado en el estudio, etc. También es una obra educativa sus *Diálogos* (1938), cuyo tema central es la figura del hombre de letras laico en la sociedad renacentista, y donde enfrenta el modelo de educación humanístico al modelo de educación medieval. Esta obra, que también tiene un gran interés para los psicólogos sociales, ya que constituye un documento único para el conocimiento de la vida cotidiana de la Europa de la primera mitad del siglo XVI, alcanzó un enorme éxito, llegándose a usar como libro escolar en muchas escuelas de diferentes países. Así, señala F. Watson (1908, p. XXXIV) que en Alemania se utilizaba como texto al menos en diez escuelas entre 1564 y 1661, y en Inglaterra se utilizó igualmente en centros del prestigio de Eton o Westminster. Incluso en España tuvo un uso escolar hacia 1550.

Por otra parte, y dentro de lo que podríamos considerar su psicología educativa, propugnaba Vives que en todo centro de enseñanza se reunieran los maestros cuatro veces al año y discutieran el «modo de ser» de cada alumno para encaminarlo a aquella clase de estudios

para la que mostrara mayores aptitudes. Es más, los niños deberían ser clasificados en la escuela desde un principio, siendo los maestros los que deberían averiguar para qué clases de estudios son aptos o incapaces. A todo ello comenta F. Watson (1923, p. XXXIX-XL): «La admirable variedad de las aptitudes de los niños exige la más celosa atención por parte de los maestros para 'clasificar' a los alumnos. Esto no obstante, difícilmente se encontrará alguno que no pueda ser instruido, si se le da una enseñanza adecuada. Y dicho sea de paso, probablemente ningún otro escritor del Renacimiento ha tenido tan en cuenta el problema de la enseñanza de los mentalmente retrasados, de los sordomudos y de los ciegos, aun cuando no estuviera Vives en condiciones de señalar los métodos más adecuados para su educación; pero su sólido conocimiento de los principios que deben guiarnos para el cultivo de las diferentes capacidades de los individuos, lo puso en camino de darse cuenta de todos los problemas que surgen relativos a este asunto. En este respecto, Vives advirtió con entera claridad que el problema fundamental de la educación se identifica con el de la propia actividad. Así, obliga al alumno a conservar las libretas de apuntes en las que reúne el diverso material requerido para su instrucción. Estas libretas deben tener capítulos y secciones, y agregarles un índice hecho por el propio alumno, en el que se contenga, convenientemente clasificado, todo cuanto haya aprendido en los libros y con los maestros. O dicho de otra forma, el alumno debe hacer, con la extensión conveniente su propio libro de texto».

Como estamos viendo, si hemos dicho que Vives era un empirista esencialmente interesado por los aspectos prácticos y la aplicación del conocimiento, sobre todo del psicológico, ello lo aplica a toda su concepción general, sobre todo a la educación, exigiendo que al lado de una formación teórica inexcusable, se incida también en una educación práctica. De aquí que en su obra más psicopedagógica, *Las disciplinas*, escriba textualmente: «El estudiante no debe avergonzarse de entrar en los talleres y factorías, ni de interrogar a los obreros para conocer los pormenores de sus oficios. En otro tiempo, los hombres cultos desdeñaban enterarse de estas cosas, que tanta importancia tienen para la vida, conocerlas y recordarlas. Esta ignorancia ha ido creciendo en los siglos sucesivos hasta la época actual..., y por este motivo, nosotros sabemos más de la edad de oro de Cicerón o de Plinio que de los tiempos de nuestros abuelos».

Incluso, finalmente, llega a describir Vives algo que no todos, ni mucho menos, descubrieron después, ni siquiera hoy día y que está en la base de unas técnicas tan actuales como es el caso del llamado «aprendizaje cooperativo» (véase Ovejero, 1990): me refiero a la importancia que tiene el *enseñar* para el aprendizaje, o dicho en términos más claros: el enseñar es la mejor forma de aprender. Escribe concretamente Vives (1923, p. 132): «Entiéndese por doctrina o enseñanza 'la transmisión de aquello que uno conoce a quien no lo conoce'; y por disciplina, 'la recepción de lo transmitido'; sólo que la mente de quien recibe se llena, y la del que transmite no se agota, antes bien, aumenta la erudición cuando se comunica, como crece el fuego con el movimiento y la agitación. En efecto, excitado el ingenio y discurriendo por los objetos referentes al asunto del momento, acaba por hallar y formar otros, así, aquello que no ocurre a quien está en quietud, viene a las mentes del que enseña o diserta, a causa del calor<sup>5</sup>, que decimos aguza el vigor del ingenio; por lo cual nada hay tan conducente para obtener una gran erudición como el enseñar».

En este campo de la educación, Vives parece adelantarse en algunos aspectos incluso a Rousseau. Por lo que respecta a Locke, no sólo le une con Vives, como escribe Bonilla, su opinión acerca del carácter práctico que la enseñanza debe revestir, sino su idea de que los

---

<sup>5</sup> Si los términos «a causa del calor», fueran sustituidos por «a causa, entre otras, del incremento en la actividad cognitiva», entonces sí estaría Vives próximo a las técnicas del aprendizaje cooperativo. Y de ahí a propugnar la necesidad de que, para mejor aprender, los alumnos deben también enseñar, sólo hay un paso.

maestros deben atender principalmente al temperamento especial de los niños, principio que algunos han considerado como original de Locke, cuando mucho antes lo habían expuesto Vives y Huarte de San Juan. Y hasta Rousseau parece haber copiado a Vives cuando escribió: «Nuestros primeros maestros de Filosofía son nuestros pies, nuestras manos y nuestros ojos». De hecho Vives, tras subrayar la importancia de la relación entre la mano y la razón, escribe textualmente (1923, p. 134): «La marcha del aprendizaje va desde los sentidos a la imaginación, y de ésta a la mente, como pasa en la vida y en la naturaleza; así va el proceso de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, como es de observar en los niños. Por eso *son los sentidos los primeros maestros en los cuales está encerrada la inteligencia*» (el subrayado es mío).

Igualmente, Vives considera el *interés* como un importante estímulo para alcanzar el conocimiento de las cosas. Vives, pues, se anticipa a Herbart no sólo en este reconocimiento del interés como base para el conocimiento y el aprendizaje, sino también al mantener que una amplia asociación de los intereses debería ser el objetivo último de los maestros y de la educación.

En resumidas cuentas, como señala Watson, ningún otro escritor del Renacimiento sobresalió tanto como Vives en aplicar a la educación la ciencia psicológica. En *Las disciplinas* (1531) es claramente perceptible su deseo de dar a la ciencia de la educación una base psicológica. «Si por un lado advierte (Vives) la decisiva importancia de construir la Pedagogía sobre una firme base psicológica, no deja de reconocer, por otro, el valor de la Psicología en función del maestro. El conocimiento de la Psicología es, por consiguiente, esencial para todos los que se ocupan de cosas referentes al espíritu» (F. Watson, 1923, p. XLI).

#### **4. Conclusión: ¡Qué buen patrono de los psicólogos españoles hubiera sido Vives!**

«En su obra, propiamente psicológica desde el principio hasta el fin, en los tres libros del *Tratado del alma*, se destaca Vives como el mantenedor del método empírico moderno de la Psicología; pero cuando realmente advertimos cuán completamente convencido estaba de su método de observación y de introspección, es cuando vemos la persistente aplicación que de él hace en sus restantes obras y en los asuntos corrientes de la vida. Y, en efecto, él aplica constantemente sus principios psicológicos a la práctica profesional<sup>6</sup>, a la conducta privada y de un modo especial a la función de la enseñanza. O dicho de otro modo, se propone adaptar para la vida práctica preceptos y métodos psicológicos, capaces de crear el hábito de la introspección y formar por su influjo una atmósfera psicológica, podríamos llamarla así, que nos lleve a pensar como psicólogos» (F. Watson, 1923, p. XXXVI-XXXVII).

De todo lo anterior, es decir, de las características señaladas de la psicología vivesiana, podemos extraer una clara conclusión, utilizando las palabras de Foster Watson (1923, p. XXI): «Hemos visto anteriormente que Vives pone la finalidad de los estudios psicológicos en la observación de las manifestaciones del alma al exteriorizar sus actividades. Y de este modo, cuando observamos los resultados de la actividad psíquica en la fenomenología numerosa de los conocimientos, de los sentimientos y de los deseos, tanto en nosotros como en los demás, nos situamos en el punto de vista de la psicología empírica. Por esta razón, debe ser considerado Vives como el mantenedor de la defensa de este método antes que Francisco Bacon y que

<sup>6</sup> Así, por ejemplo, sostiene Vives que el jurisconsulto debe ser un psicólogo, pues debe conocer la naturaleza universal de todos los hombres, las ideas y las costumbres de los diversos pueblos y, especialmente, las de las gentes de su propio país.

Renato Descartes. No era muy largo el paso que había que dar para llegar desde la Psicología empírica que se limita a describir el proceso de la actividad mental en los otros, a la vez de registrar por el camino de la investigación psicológica los resultados de las indagaciones de lo que aparezca en nuestra propia conciencia. Así, podemos encontrar en Vives pruebas manifiestas del empleo reflexivo de la introspección como método empírico, que es el que caracteriza de una manera especial a los últimos investigadores; y como estas aplicaciones son los primeros ejemplos de la introspección reflexiva en los estudios psicológicos en los tiempos modernos, o sea, desde el Renacimiento, tienen un alto interés y significación».

Es más, añade el propio F. Watson (1923, p. XLIII), «todas las indagaciones de Vives tienen un aspecto de modernidad por su constante empleo de la observación psicológica, y son buen ejemplo de la gran atracción que siente hacia la experiencia y hacia la enseñanza adquirida por el ejercicio y actuación del propio entendimiento sobre el medio que nos rodea, abandonando el antiguo sistema de las abstractas explicaciones y discusiones metafísicas sobre los fundamentos últimos de los fenómenos psicológicos». Como afirma Carpintero (1994, p. 33), «detallada, cercana a la experiencia vital, rica en reflexiones que nacen de la vida y de los saberes de su autor, la psicología de Vives es una pieza esencial en su pensamiento, y una obra singular en el contexto general de la cultura europea de su tiempo».

Bonilla resume así los méritos de Vives (1929, Vol. 2, pp. 246-247): «Precursor de Bacon por sus doctrinas acerca de la inducción y de la experiencia, por su crítica del principio de autoridad y de los demás obstáculos que al progreso de las disciplinas se oponían, por su teoría sobre el valor de los sentidos como primera fuente de nuestros conocimientos; precursor de Descartes por aquella valiente profesión de independencia filosófica formulada en el prefacio de los libros *De Disciplinis*; precursor de Kant por sus afirmaciones acerca de la distinción entre la razón *especulativa* y la razón *práctica*, la *razón* y el *entendimiento*, el fenómeno y la esencialidad, y por su pensamiento respecto de aquellas formas *a priori* que califica de *anticipaciones seu informationes naturales*, lo que es muy particularmente de la escuela escocesa por el delicadísimo análisis psicológico desarrollado en los libros *De anima et vita* y practicado luego por los Pereiras y Valdés, así como por su doctrina respecto del juicio natural o espontáneo como criterio de verdad y acerca de la relatividad de nuestros conocimientos. Los principios fundamentales que informan la escuela escocesa, es decir, el acomodamiento de la investigación científica a la especial naturaleza y a los límites de nuestros medios de conocer, el predominio de la indagación psicológica, la constante aplicación del método inductivo, la tendencia moral y práctica de toda su especulación filosófica, caracterizan también al vivismo, como hemos tenido ocasión de observar en el discurso de este trabajo. Por eso Dugald Stewart hacía grande aprecio de las obras de Vives, y William Hamilton, con quien el último mantiene más de un punto de contacto, no sólo por la doctrina, sino también por la vastísima erudición que ambos poseyeron, llámale a nuestro filósofo: *-pensador tan profundo como olvidado*. Recientemente, Lange, en su *Historia del Materialismo*, no vacila en afirmar que 'Vives era una de las inteligencias más luminosas de su época; su psicología, especialmente en lo que concierne a las pasiones, es rica en observaciones agudas y en rasgos ingeniosos'. Todo ello avala sobradamente la posterior y rotunda afirmación de F. Watson: «*Vives, padre de la psicología moderna*».

A mi modo de ver, pues, reúne Juan Luis Vives méritos suficientes tanto para ser considerado *el precursor* de la psicología moderna empírica como para haber sido nombrado patrono de la psicología española. Desde luego, en mi opinión, con más justicia que Juan Huarte. Es cierto que, como escribe Martín Navarro (1923, p. VIII), «ningún otro gran pensador de su época representa, como Luis Vives el entronque del espíritu moderno en toda su inagotable complejidad y policromía, con la cultura greco-romana y con lo más excelso y supremo de la inspiración genuinamente cristiana». Pero también es cierto que a pesar de esta inspiración cristiana, Vives

es más moderno que Huarte en casi todos los sentidos, a pesar de que es casi cuatro décadas anterior a él. Un reflejo, entre otros que podría enumerar, de lo que acabo de decir es la abundancia de citas clásicas, greco-latinas, de que se vale Vives (Platón, Aristóteles, Demócrito, Cicerón, Plutarco, Séneca, etc.), como auténtico renacentista que era, frente a las escasísimas que incluye de las Sagradas Escrituras. Por contra, Huarte cita mucho las Sagradas Escrituras, y muy poco a los clásicos greco-romanos, que además cuando les cita es con frecuencia para atacarlos, sobre la base de la Biblia y de los Evangelios. Otra cosa bien distinta es que bajo este ropaje auténticamente medieval, escondía Juan Huarte, también él, grandes dosis de modernidad, que le valieron la prohibición de su libro tanto por el Santo Oficio como por la Inquisición.

En todo caso, Huarte parece apoyarse en Vives. Así, «en el capítulo sobre el *ingenio*, definido por Vives *fuera o poder general de nuestro entendimiento -universa vis mentis nostrae-*, desarrolla el filósofo algunos pensamientos que luego constituyeron la base del famoso libro del doctor Huarte. Basta comparar su obra *Examen de ingenios para las ciencias*, con el mencionado capítulo, para echar de ver la relación a que nos referimos. Sostiene Huarte, como Vives, que el cerebro es el instrumento que naturaleza ordenó para que el hombre fuese sabio y prudente; acuden ambos a veces a explicaciones fisiológicas análogas; hacen en ocasiones las mismas citas para comprobar idénticos pensamientos, e insisten ambos en la importancia de conocer las diferencias de ingenios para aplicar cada uno a la función más en armonía con sus facultades» (Bonilla, 1929, Vol. 2, p. 231). Y es que el *Examen de Ingenios* de Huarte «desarrolló la idea expuesta claramente por Vives en el *De Anima*, al pedir que se observaran los impulsos y las inclinaciones de los niños en sus juegos y en sus actos, lo cual serviría de base psicológica para conocer la clase de estudios y profesiones a que se les debiera dedicar» (Watson, 1923, p. XXX).

En conclusión, «globalmente vista, la psicología de Vives podría ser descrita como una psicología fuertemente orientada hacia los aspectos cognitivos -en particular a la memoria- y afectivos -las pasiones, el libro III de su *Tratado del alma-*, y preocupada por el conocimiento del individuo y el perfil característico de sus facultades psíquicas; sería un conocimiento destinado a servir a una adecuada comprensión de la vía de salvación que la religión propone al hombre, y como un instrumento a utilizar en el marco de una educación compleja e integral... Hay, en definitiva, una innegable afinidad entre el pensamiento de Vives y el de la psicología moderna y, al mismo tiempo, una influencia, a veces silenciosa pero sin duda efectiva, sobre los españoles que han tratado una y otra vez de los temas psicológicos» (Carpintero, 1994, p. 34).

Y sin embargo, hoy día, casi un siglo después, siguen estando vigentes, al menos entre los psicólogos españoles, aquellas palabras de Bonilla de San Martín (1929, Vol. I, p. 288), que afirmaban que «a pesar de su inmenso valer como pensador, como humanista y como pedagogo, Luis Vives ha sido y es poco conocido en España». El propio Vives, en 1538, escribía una carta a un tal Maldonado, en la que decía: «Allí (en España) leen pocos mis obras, menos las entienden, menos aún las compran o se preocupan de ellas, dada la finalidad de nuestros compatriotas por el afán de las letras». A pesar de ello ya hemos mencionado la fuerte influencia que tuvo en autores tan relevantes como Huarte, Gracián o Cano.

Terminemos preguntándonos, con Bonilla, que queda de Vives, y contestémosnos, con el propio Bonilla, que queda «el carácter realista, la tendencia positiva de sus especulaciones, el enaltecimiento del método de observación. Por eso las ciencias experimentales, y entre ellas la psicología, deben a Vives muchos de sus más importantes progresos». Lo que sí se le ha criticado con frecuencia a Vives es el no haber formado escuela, al haber sido *ecléctico*. Pero es que incluso eso me parece a mí más un mérito que un demérito, pues como decía Claude

Bernard, «los sistemas tienden a esclavizar la inteligencia, y la única utilidad que a nuestro juicio reportan es la de suscitar luchas que acaban por destruirlos, excitando y activando así la vitalidad de la ciencia. En efecto, es preciso procurar romper las trabas de los sistemas filosóficos y científicos, como pudieran romperse las cadenas de una esclavitud intelectual. La verdad, si puede hallarse, es de todos los sistemas, y para descubrirla necesita el experimentador moverse libremente, sin embarazarse con las barreras de un sistema cualquiera. Ni la filosofía ni la ciencia deben ser nunca sistemáticas».

Ahora bien, no me gustaría finalizar sin añadir que considero a Vives *un precursor* fundamental de la psicología, pero de ninguna manera *un psicólogo*, pues como escribía hace poco Danziger (1997, p. 37), «la propia noción de 'Psicología' no existe antes del siglo XVIII. Evidentemente, se reflexionaba sobre la experiencia y la conducta humanas, pero imaginar que tal reflexión era 'psicológica' en el sentido actual es proyectar el presente sobre el pasado. Antes del siglo XVIII no tenía sentido un campo distinto e identificable de fenómenos naturales que podían ser sistemáticamente conocidos y caracterizados como 'psicológicos'. Existían categorías teológicas, filosóficas, morales, retóricas, médicas, estéticas, políticas, pero no categorías psicológicas».

## Referencias

- Abellán, J.L. (1975): *El erasmismo español*, Madrid: El Espejo.
- Alcina, J.F. (1988): Introducción a Juan Vives: *Diálogos y otros escritos*, pp. IX-XXXIV. Barcelona: Planeta.
- Barbado, M. (1943): *Introducción a la Psicología Experimental*. Madrid: C.S.I.C. (segunda edición aumentada).
- Bonilla de San Martín, A. (1929): *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*, Madrid: L. Rubio (original, 1903).
- Cardona, E. y Cárceles, C. (1992): Aspectos generales de la pedagogía de Vives, *Revista española de pedagogía*, 193, 481-491.
- Carpintero, H. (1994): *Historia de la Psicología Española*, Madrid: Eudema.
- Coleridge, S.T. (1817): *Biographia Literaria* (citado por Foster Watson, 1923).
- Danziger, K. (1997): *Naming the Mind: How Psychology found its language*. London: Sage.
- Dilthey, W. (1929): *Gesammelte Schriften*, Leipzig.
- Hamilton, W. (1872): *The works of Thomas Reid* (citado por Foster Watson).
- Heller, A. (1980): *El hombre del Renacimiento*, Barcelona: Península (original, 1978).
- Hirschberger, J. (1968): *Historia de la Filosofía*. Barcelona: Herder.
- Huarte de San Juan, J. (1988): *Examen de ingenios para las ciencias*, Barcelona: P.P.U. (original, 1574).
- Menéndez Pelayo, M. (1965): *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid: C.S.I.C.
- Montoya, C.O. de (1941): Juan Luis Vives y la madurez de la conciencia pedagógica moderna, *Universidad* (Santa Fe), 9.
- Navarro, M. (1923): Prólogo a Luis Vives: *Tratado del alma*, pp. V-XII. Madrid: Ediciones de La Lectura.
- Noreña, C.G. (1978): *Juan Luis Vives*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Noreña, C.G. (1992): *Juan Luis Vives y las emociones*. Valencia: Ayuntamiento de Valencia.
- Ortega y Gasset, J. (1965): *Obras Completas*, Madrid: Revista de Occidente.
- Ovejero, A. (1990): *El aprendizaje cooperativo*, Barcelona: P.P.U.
- Pérez Alvarez, M. (1992): *Ciudad, individuo y psicología*, Madrid: Siglo XXI.
- Pinillos, J.L. (1977): *Psicopatología de la vida urbana*, Madrid: Espasa-Calpe.
- Pinta, M. y Palacio, J.M. de (1964): *Procesos inquisitoriales contra la familia judía de Juan Luis Vives*, Madrid: C.S.I.C.
- Riber, L. (1947): Erasmo y Vives, *Boletín de la Real Academia Española*, 29.
- Rios, A. de los (1875): *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*. Madrid.
- Rivañ, E. (1922): *La sapienza psicologica e pedagogica di L.Vives*, Bolonia.
- Rodis-Lewis, G. (1948): Une source inexplorée du Traité des «Passions», *Revue Philosophique*, 7-9, 330-334.
- Rodis-Lewis, G. (1955): Introducción a R. Descartes: *Les passions de l'âme*, París.
- Sombart, W. (1986): *El burgués*, Madrid: Alianza (original, 1913).
- Urmeneta, F. de (1949a): *La doctrina psicológica y pedagógica de Luis Vives*, Barcelona.
- Urmeneta, F. de (1949b): Luis Vives y el tercer centenario del tratado cartesiano sobre las pasiones, *Rev. de Psicología General y Aplicada*, 4, 681-692.
- Valdeavellano, L.S. de (1969): *Orígenes de la burguesía en la España medieval*, Madrid: Espasa-Calpe (Colección Austral).

- Velarde, J. (1993): Huarte de San Juan, patrono de Psicología, *Psicothema*, 5, 451-458.
- Vives, J.L. (1923): *Tratado del alma*. Madrid: Ediciones de la Lectura (original, 1938).
- Vives, J.L. (1947): *Obras completas* (Edición de L. Riber). Madrid: Aguilar (2 vols.).
- Vives, J.L. (1988): *Diálogos y otros escritos*. Barcelona: Planeta (original, 1538).
- Watson, F. (1908): *Tudor School-Boy Life: The Dialogues of Juan Luis Vives*, Londres.
- Watson, F. (1920): *Juan Luis Vives: A Scholar of the Renascent, 1492-1540*. Londres.
- Watson, F. (1923): El padre de la psicología moderna, Introducción a Luis Vives: *Tratado del alma*, Madrid: Ediciones de la Lectura.